

LA HIJA DEL SHIRI.

860. 1 (866) Sánchez

5211

COLECCION DE ROMANCES

POR

QUINTILIANO SANCHEZ.



1882.

IMPRENTA DEL CLERO, POR ISIDORO MIRANDA.

DEDICATORIA.

Señor Roberto Espinosa.

Querido amigo:

Dos causas me han decidido á dedicarte esta *Leyenda*: eres literato y, por ende, digno de que tu nombre vaya al frente de esta obrita, pobre parto de mi ingenio; eres mi amigo, nos unen estrechos lazos, justo es darte una prenda de mi imperecedero cariño.

Tuyo,

Q. Sánchez.

BIBLIOTECA NACIONAL

CUENTA DE EJECUCIÓN

EXHIBICIÓN DE CUENTAS

NO. 602.6100.1992

PROYECTO DE LEY

LA HIJA DEL SHIRI.

0001318 J.

No seremos nosotros á quienes incumba formular juicio alguno sobre la *leyenda* que encabezan estas líneas, ni menos los que, á usanza del mayor número de editores, ocupemos las páginas del *prólogo* en ensalzar apasionadamente la obra que lo motiva. —Cumple lo primero al público, pero á ese público, si pequeño en número, grande por la ilustración, que en toda sociedad, más ó menos adelantada, forma el tribunal supremo de las letras, porque de literatos se compone; y lo segundo, á cuantos fueren los lectores de "La Hija del Shiri," seguros nosotros de que sus alabanzas ó censuras serán, como lo son casi siempre y en todas partes, relativas á los fallos inapelables de los entendidos. Caso excepcional ha de ser el que prevalezca la opinión de los iliteratos, porque éstos ordinariamente, ora por temor, ora por vanidad, se arriman al fin al juicio de aquéllos, que siquiera sea de oídas lo alcanzan. No, sinó, ¡ay del poeta! ¡ay del escritor! que fiado en los momentáneos aplausos populares, se deje llevar del viento de la lisonja que le conducirá á arrojarle en la sima del Olvido. Así ha acontecido en efecto, si hemos de aprovecharnos de las lecciones de historia de nuestra literatura (para no

salir de casa), con ingenios que llegando á conquistarse el renombre de *divinos*, allá en sus risueños días, han venido á quedar nada más que en *poetas apreciables*, al través de las mudanzas de costumbres y leyes, gustos é inclinaciones, caprichos y hasta modas (que las hay en todo), en que viene el torbellino del tiempo envolviendo y arrastrando á la humanidad.

Cada época parece que lleva su nombre propio, como si fuese bautizada por el gran acontecimiento que en la historia le señala su nacer; y crece, y se desarrolla y obra, según el espíritu de los hombres que la forman; y con ellos muere, y de sus cenizas se levanta otra, de distintas tendencias y aspiraciones. Cada siglo tiene su fisonomía; y como la *belleza* es una, invariable y eterna como la *verdad*, de la que viene á ser su auréola de luz resplandeciente, se sigue que la expresión de esa belleza, ó sea la *poesía*, caminará de triunfo en triunfo, á despecho de las preocupaciones de las épocas y las miserias de los hombres, siempre coronada con ramos inmarcesibles, la lira entre los brazos y la mirada en el cielo, cantando cuanto hay de sublime y bello en las glorias de Dios, la pureza de la mujer y el heroísmo del hombre. El *Fiat lux* del GENESIS jamás dejará de ser el arquetipo del sublime, de este "sonido de las almas grandes," como le llamó el que de veras supo sentirlo; ni el "Cantar de los cantares" se tuvo nunca por menos bello de lo que parecerá al último que lo lea. La madre naturaleza, gran libro abierto á los verdaderos poetas, nos está inculcando este principio con la variedad absoluta de las cosas en la unidad perfecta del todo, que la hacen inmortalmente bella. Los que acostumbren, pues, á juzgar las obras del arte según *la escuela á que pertenecieren*, van muy fuera de camino, porque si, á decir verdad, tenemos, por ejemplo, que transportarnos con la imaginación y mediante no pequeño esfuerzo al siglo de Homero, para saborear la *Iliada*; no sucede lo mismo con los poetas

contemporáneos, á quienes debemos sólo aplicarles las leyes del buen gusto, que son independientes de toda otra circunstancia pasajera, por cuanto se hallan fundadas en la naturaleza humana.

Otra cosa es la temible para el que haya nacido dotado del sexto sentido del genio, y por eso que el astro de la gloria brille siempre al través de las tinieblas del sepulcro. Los hombres de hoy nos son conocidos por todos sus lados, viven con nosotros, se enredan en los intereses comunes, ya cooperando á los nuestros, ya trabajando en contra de ellos. De consiguiente, las pasiones no nos dejan punto de verdad al recto criterio, y sucede que mientras de mayor talla es el envidiado, se exacerban más los rencores y son más recios los tiros que se le asestan. ¡El precio de la inmortalidad son las lágrimas de toda una vida infortunada! Al paso que vemos á los antiguos á tal distancia, que sólo alcanzamos á descubrir en ellos lo grande, sin poder aborrecerles, porque en nada se entrometen de lo que va de nuestros intereses. El tiempo es el verdadero Leteo: el que se ha bebido algunas de sus ondas en forma de siglos, purificado está y puede pasar á la inmortal gloria. Mas no se crea que el hilo de estas consideraciones nos trae á objeto de desarmar la crítica en gracia de nuestro autor; nada menos que eso. Si principiásemos por declarar nuestra imparcialidad, dejando la obrita en la balanza de la justicia, ¿podríamos inclinar el fiel de manera alguna? Las verdades que dejamos consignadas han venido oportunamente y se hallan relacionadas, como no se puede dudar, con la materia que nos ocupa: hé aquí la razón.

Lo que no podemos dejar sin recomendación en "La Hija del Shiri," no porque quebrantemos en lo mínimo nuestro propósito, es el argumento, por cuanto éste se compadece de todo en todo con el carácter que debe tener nuestra literatura. Si bien es verdad que el poeta domina el universo; esto no se ha de entender de

da la oferta que hicimos en nuestra antología, con la publicación de "La Hija del Shiri." (*)

Latacunga, marzo 21 de 1881.

JUAN ABEL ECHEVERRIA.

(*) Leyenda llama el galano editor á estos sencillos romances. No les creo acreedores á este título, pero me someto al juicio de quien se ha manifestado tan entusiasta por la publicación de mis versos.

Agradezco también, al señor don Juan León Mera, por el empeño que ha tenido en revisar mi folleto y hacerme juiciosas y acertadas observaciones, las cuales me han servido mucho para las correcciones de "La Hija del Shiri."

N. DEL A.

LA HIJA DEL SHIRI.

INVOCACION.

¡Oh! ven, Musa del Ande,
Deja montes y ríos,
Al suave viento dando
Tus negros, largos rizos.
Tú eres la ninfa hermosa,
Deidad del bosque andino,
Cuyo armonioso acento
Repite el monte umbrío.
Habras de Antizana
En apartado abrigo:
Las grutas te dan sombra;
El prado, blancos lirios.
¡Oh, ven! de oscuro vate
Visita ya el retiro,
Y enséñame risueña
Tus cánticos sencillos.
Aquí, cabe las fuentes,
Bajo frondoso mirto,
Mi rústica zampoña
Dará blandos sonidos.
Yo soy vate ignorado
Que en las campiñas vivo;

Y tarde en las ciudades
Oírse el canto mío.
Ahora soy felice,
Me placen bosque y ríos,
Los montes y dehesas
Del delicioso *Chillo*.
En mi anhelar tan sólo
A tu favor aspiro,
Y fácil argumento
Para mi canto elijo.
Celebraré del Shiri
Y el Inca esclarecido
Los últimos sucesos
De honor y gloria dignos.
¡Oh! tú, deidad andina,
De dulce y casto hechizo,
Asísteme, y sonoro
Se mueva el labio mío.
En metro humilde y blando
Y en fáciles sonidos
Empieza: nos escuchan
Los númenes del indio.

I.

EL REY Y PACCHA.

En el valle de Hatuntaqui
 A punto ya de batalla,
 Al són de los roncós *churus*, (1)
 Y blandiendo su *macana*, (2)
 Con fuego ardiente en los ojos
 Y en el pecho vivas ansias,
 Cercado de sus leales
 Está el grande Shiri Cacha,
 Y anhela sólo en las lides
 Mostrar su fiera pujanza.
 El vengarse es su delirio,
 Su placer es la batalla:
 Que nada al Shiri contiene
 Ni su valor amilana,
 Viendo campos y ciudades
 Presa ya de Huaina-Cápac.
 Junto á su lado una virgen
 Un ay! lastimero exhala,
 Blanco amancay de los Andes
 Y de su estirpe esperanza,
 Heredera del imperio,
 Hija querida de Cacha.
 En vano el Shiri sufoca
 Breve momento sus ansias,

(1) Trompa indiana de caracol marino.

(2) Sable grande de madera.

Y con ternura de padre
 Consuela á la linda Paccha,
 "Anda, dice, padre mío,
 Anda á la ruda batalla:
 Que el defender sus ciudades
 Es el deber de un monarca.
 No crea el Inca altanero
 Que á sus voces te acobardas,
 Y conozca que los Shiris
 No olvidan su estirpe clara,
 Ni se apaga ante un tirano
 El brillo de tu esmeralda.
 Vé.... pero escucha mis ruegos,
 Mis ayes, padre del alma:
 Consiente que te acompañe
 Tu siempre querida Paccha.
 No dejes que en mi retiro
 Quede sola, abandonada....
 ¿Qué es ¡ay! para mí la vida
 Lejos del padre que me ama?
 Yo no temo los combates,
 Ni el ronco *churu* me espanta;
 Que aunque soy mujer y débil,
 El valor nunca me falta;
 Y será mi única gloria
 El morir entre las lanzas,
 Si muero junto á mi padre,
 Junto á la vida de mi alma.
 Ojalá, padre, pudiera
 Blandir cual tú la *macana*,
 O manejar la *turpuna*, (1)
 O hacer crugir la *huaraca*. (2)
 Viera el invasor injusto,
 Que usurpa nuestras comarcas,

(1) Pica de chonta.

(2) Honda.

Cual áun la tímida virgen
Por la libertad batalla.
¿Qué le hiciste, padre mío,
Que tan altivo te manda,
Ni respeta tu corona,
Ni tu majestad acata?
Anima al rudo combate
A los bravos que te guardan,
Y á tus leales vasallos
Por última vez les habla;
Pero no irás á la guerra,
Ni entrarás en la batalla,
Si no me juras primero
Que no dejarás á Paccha.”

Dícele: el rey animoso,
Que con delirio la amaba,
Entre el temor fluctuando
Y la ternura y la rabia,
Con el cariño de padre
Y la entereza de su alma,
Contesta: “Paccha querida,
Mi único bien y esperanza,
Tus ruegos casi me enojan,
Me conmueve el que derramas
Llanto de amor y ternura
Que interrumpe tus palabras.
¿Cómo quieres que á las lides
Lleve á mi prenda más cara?
Nunca entre tigres rabiosos
Peleó cervatilla mansa,
¿Y anhelas tú entre los bravos
Acudir á la batalla?
¿Eres, acaso, de aquellas
Que habitan las verdes playas
Del padre río Amazonas

A dura guerra avezadas?
Sólo eres tímida virgen,
Sólo cierva tierna y mansa:
No quieras con los guerreros
Salir á las lides bravas.
Oculta en el *Acllahuasi*, (1)
Espera á tu amado Cacha,
Porque segura victoria
En estos campos me aguarda,
Y el *llauto* (2) del enemigo
Vendré á poner á tus plantas.
Pero si *Túmbal* (3) injusto
Me niega ventura tanta,
No quiero que el Inca osado
Tenga en despojo á mi Paccha,
Ni que en sus hogares gimas
Como pobre, humilde esclava.
Túmbal! Túmbal! en pensarlo
El corazón se me salta....
Si el Inca vence, yo solo
Seré su víctima grata,
Antes que ver prisionera
A la hija de mis entrañas.
Muerto yo, ¿qué de la estirpe
Ilustre fuera de Caran?
Tú, Paccha mía, eres sola
Última y bella esperanza
Del trono de tus abuelos
Y de la afligida patria.
Aunque mores, hija mía,
Oculta entre las montañas,
Lejos de la verde Quito,
Ay! y lejos de tu Cacha;

(1) Monasterio de vírgenes.

(2) Insignia real de los incas.

(3) El Marte de los indios.

Mejor te estará cual cierva
Habitar selvas lejanas,
Que prisionera del Inca
Llorar tu extinguida raza.
Queda, adiós! los roncós *churus*
Por última vez me llaman."

Iba á partir: la doncella
En tierno llanto bañada,
"Calla," dice, "padre mío,
Que no irás á la batalla,
Si no llevas, indulgente,
A tu misérrima Paccha.
Acato yo tus consejos;
Mas, triste es que en la desgracia
Te falte el solaz más dulce,
Te falte la hija adorada.
¡Ah! ¿qué me importa el imperio
Y que se acabe tu raza,
Si muerto tú, dueño mío,
También mi vida acabara?
Parte, pero te acompaño:
No vencerás mi constancia."

Dice:—los *churus* atruenan,
E impaciente Shiri Cacha,
Mirando que ya veloce
Se acerca el otro monarca,
Consiente que á los combates
Le acompañe su hija Paccha,
Y seguido de sus bravos
Corre á la fiera venganza.

II.

ARENKA DE SHIRI CACHA.

El sonoro *Hatuntaqui* (1)
 Da señal de acometida,
 Y el Shiri á los combatientes
 Infunde venganza é ira,
 Y con rápidos acentos,
 Así á la batalla excita:
 "Noble raza de adalides,
 Hoy, por desgracia, vencida,
 No desmayes: la victoria
 Mostrará su faz divina.
 Defiende campos y hogares,
 Defiende la patria y vida;
 Y vca en sangre empapadá
 El tirano su conquista,
 Y sépa que los caranquis
 Combaten con osadía.
 No arrancará de mi frente
 La esmeralda apctecida,
 Si primero no me arranca
 El corazón que me animá.
 Peléad, fieles guerreros:
 La servidumbre es maldita.
 Vale más morir con gloria
 Por la libertad querida,

(1) Tambor de guerra.

Que arrastrar—¡ay! la existencia,
 Esclavos siempre del Inca,
 Y ver que los extranjeros
 Nuestras ciudades habitan,
 Y pueblan nuestros hogares,
 Y nuestros campos cultivan.
 ¡Ay! ¿en poder de otros dueños
 Veremos nuestras campiñas,
 Y suyas nuestras mujeres
 Y esclavos hijos ó hijas?
 ¡Ah! no: jamás los tiranos
 A pueblos libres dominan;
 Sólo oprimen al que besa
 Sus manos envilecidas.
 No es la culpa del tirano,
 Del pueblo es que se esclaviza:
 Que nunca hubiera tiranos,
 O fueran polvo y cenizas,
 Si pueblos viles no hubiera
 Que los teman y se rindan.
 Ya sabéis cuantos ingratos
 La *unancha* (1) siguen del Inca,
 Traicionando á su monarca,
 Comprando con la ignominia
 Una vida, que debieran
 Dar por la existencia mia.
 Cobardes ¡ay! y traidores,
 Raza de Caran indigna,
 Desde Liribamba huyeron,
 Dejando orgulloso al Inca;
 Y quedaron de Achupallas
 Desiertas vega y orillas.
 ¿Y después?—Tristes memorias
 Mi mente y mi pecho agitan!

(1) El pendón.

III.

LA BATALLA DE CARANQUI.

Ya los Incas denodados
Dieron la señal de guerra,
Y su gente numerosa
Ocupa el monte y la vega.
Terribles voces se escuchan,
El viento clamores lleva,
Y la *quipa* (1) sonora
Lagos y valles atruena.
El crugir de las *huaracas*,
Los clamores de la guerra,
El brillar del rojo rayo,
Y el rugido de las fieras,
Al Inca y Shiri el desnudo
Jamás desmentido, aumentan.
Desde los bosques vecinos,
Armada la horrible diestra,
Lampos al viento lanzando,
Y envuelto en oscura niebla,
Al mismo Tumbal entonces
Mirarle todos creyeran.
Arde venganza en sus pechos,
Fuego corre por sus venas:
No son más bravos los tigres
Que combaten en la selva,

(1) Trompa de madera.

Cuando hambrientos se disputan
Entre rugidos, la presa,
Cuerpo á cuerpo, en igual lucha,
Los combatientes se estrechan,
Y el golpe de la *chictana* (1)
Deja mil hombres en tierra.
Aquí lamento de heridos,
Allí algazara tremenda,
Tintas en sangre las flores,
Tinto el gramal de la vega,
No hay instante de sosiego
Y ni un instante de tregua,
Cadáver sobre cadáver
Hacina la muerte fiera:
No son tantas las espigas
Que en el tiempo de la siega,
Al golpe de la hoz cortante
Caen, gimiendo, en la tierra.
“Rebeldes,” claman, los unos,
“Abatid vuestras cabezas,
O al golpe de la *tuccina* (2)
Las abatiréis, por fuerza.”
“Callad,” repiten, los otros,
“¿Nuestro suelo es vuestra herencia?
Hoy quedaremos vengados,
Y quedaréis en pavesas:
Que el mismo Túmbal ahora
Viene á la defensa nuestra.”

Dicen:—los *churus* aturden
Y las lanzas centellean,
Y, redoblados los golpes,
Ayes y gritos aumentan,
Y ruedan ya por el campo

(1) Hacha de piedra ó cobre.

(2) Espada peruana, gruesa y ancha más de un dedo.

Mil palpitantes cabezas.
El denodado guerrero
Al exhalar la alma fiera,
Sostiene aún la *huactana* (1)
Con la ya lánguida diestra.
“¡Venganza!” claman los Shiris,
“¡Venganza!” el eco en la sierra,
Y á ese grito repetido
Más la matanza se aumenta.
Que el indio para vengarse
Entrañas tiene de hiena,
Y ni al vencido perdona,
Ni al caído extiende la diestra.
¡Cuántas veces moribundo
Cae un guerrero por tierra,
Y el enemigo implacable
Con mil denuestos le afrenta!
Lanzan sus manos el dardo,
Lanza un sarcasmo la lengua,
Y hasta del yerto cadáver
El feroz indio se vengá.
De la sangre hace bebida,
De la carne se alimenta,
Y aún no siente su venganza
Y sus iras satisfechas.

En torno de Shiri Cacha
Es más ruda la pelea;
Triste monarca infelice
Mira su muerte ya cerca,
Y sólo pide venganza,
Con vengarse se consuela,
Y aún murmura:—“Mis leales,
“¡Venganza! y, vengado, muera.”

(1) Mazo pesado de madera.

Aspirad sólo, valientes,
A morir en esta guerra.
Sin reino ya y sin victoria,
¡Desgraciados! ¿qué nos queda?"
Dice: los bravos guerreros
Redoblan golpes y fuerzas,
Y otra vez ¡ay! esparcidas
Yacen mil y mil cabezas.
A las voces del grande Inca,
Y á las de exterminio y guerra,
Los soldados valerosos
Embisten con más fiera,
Y á los golpes redoblados
Los montes vecinos tiemblan.
Jamás acaso en las lides
Tantas crueldades se vieran,
Ni horribles aguaceros
Inundaron esas vegas,
Como la sangre vertida
En tan bárbara pelea.
Los combatientes llenaron
De hondos gemidos la sierra,
Y la última acometida,
Terrible asaz y funesta,
Dió la gloria á Huaica-Cápac
Y la victoria sangrienta:
Agudo dardo lanzado,
No se sabe por qué diestra,
Al infeliz Shiri Cacha
De parte á parte atraviesa.
Con un ¡ay! hondo y tremendo
Se despidió el alma fiera,
Y el desgraciado monarca
Cayó de su silla á tierra.

Horrendo trueno en los Andes

No asusta tanto á la cierva,
Como la muerte del Shiri
Heló á las huestes guerreras.
Cual huyen despavoridas
Las tímidas ovejuelas,
Cuando el cóndor desde el monte
Desciende á la hermosa vega;
Huyen quitus y caranquis
En fuga turbada, incierta,
Y la *huaraca* enemiga
Les alcanza en la carrera.

Callaron los roncós *churus*
Cesó el clamor de la guerra;
Quedó tan sólo el estruendo
Del huracán en la selva,
Y el triste ¡ay! de los heridos
Que sólo la muerte anhelan.
El campo de Huaina-Cápac
Salvajes cantos atruenan:
Es el canto de victoria
De algún vate de las selvas,
Que los bravos *orejones*
Allá en su patria aprendieran;
Y hoy le repiten alegres
En la conquista sangrienta.

IV.

PACCHA REINA.

Huaina-Cápac, el grande Inca,
El más insigne guerrero,
Prole del *Inti* (1) divino;
Es manso, apacible y tierno;
Y aunque conquistas y triunfos
Son su vida y su tormento,
Perdonar, sabe, piadoso,
Y está de dulzura lleno.
A los vencidos acoge,
Llora la muerte del fiero,
Desventurado monarca,
Antes que rendido, muerto.
Que un valiente á otro valiente
Mira siempre con respeto,
Y cuando en la lid sucumbe
Le arranca á veces lamentos:
El ánimo y la pujanza
Son también dones del cielo;
Por eso el último Shiri
Vive en las gentes eterno.
Magnánimo el Inca manda
Se le eleve un monumento
Soberbio y agigantado,
Que hable á los futuros tiempos,

(1) El Sol. Sabido es el culto que los indios le tributaban.

Y diga: *Aquí Shiri Cacha,*
El más temible guerrero;
Cayó en la sangrienta lucha,
Antes que rendido, muerto.
“Nadie toque á los vencidos,”
Añade con noble imperio,
“Ni los cantos de alegría
Amengüen rudos denuestos.
Sepultad, quitus valientes,
A los que Tumbal sangriento,
Inexorable ha lanzado
A dormir el sueño eterno:
Dignos son de sepultura
Los que cual bravos han muerto.
Levantad ya vuestras *tolas*, (1)
Dadles el ¡adiós! postrero;
Y después, fieles y amigos,
Venid: llamadme rey vuestro.
Sí, todos seréis felices,
Alcanza á todos mi afecto.
Vencedores y vencidos
Desde hoy formarán un pueblo,
Que será de estas regiones
El más dilatado imperio;
Y ¡no frustre Viracocha
Jamás mi feliz agüero!
La esmeralda de los Shiris
Y este *llanto* que estáis viendo,
Durarán en estas tierras,
Mientras el *Inti* supremo
La cima de nuestros montes
Dore con rayos de fuego.”

Dijo:—los quitus hallando

(1) Tumbas.

Para sus penas consuelo,
En el campo de batalla,
Rëanimado su pecho,
A la linda y tierna Paccha
Por reina aclamaron luego.
Huaina-Cápac disimula,
Y, aunque le ofende el intento,
Mira afable á los vencidos
Y se muestra satisfecho.
La hermosa reina entretanto,
Llorando el destino adverso,
Se va á una humilde cabaña
Que cae tras un otero.
Afligida entre sus brazos
Llávala hasta allí un guerrero;
Y está en un lecho de pajas
La heredera del imperio.

V.

SEPULTURAS,

Ya los guerreros, llorando,
Se esparcen por la llanura,
Al macilento celaje
De una tarde triste y mustia,
El sol con sus tenues rayos
El valle apenas alumbra;
Parece el cirio mortuario
Que luce junto á una tumba,
Triste su disco refleja
Sobre la inmensa llanura,
Y, poco á poco, se apaga,
Y en el ocaso se oculta.
Luego la lóbrega noche
Vegas y montes enluta,
Y del quitu desgraciado
Resucnan ayes de angustia,
Para llorar es la noche,
Cuando viene la penumbra,
Y el alma llora en tinieblas
Sus dolores y amargura.
Ya los guerreros, unidos,
Sus llorados muertos buscan;
Oscuridad y tinieblas
Los cadáveres ocultan,
Y apenas se oye lejana
Alguna voz moribunda,

O el ruido de los vientos
Que soplan en las alturas,
O el repetido aleteo
Y el llorar de la lechuza.

Por fin, sus rayos tranquilos
Mostró apacible la luna,
Y á su fulgor indeciso
Se descubrió la llanura.
Parece que en esos campos
Tan sólo mora la angustia,
Y su densísimo velo
Despliega la muerte dura.
De las hogueras las llamas
Vacilantes, moribundas,
Los diseminados grupos
De la soldadesca alumbran.
Otros guerreros, la frente
Inclinada y taciturna,
Los cadáveres de amados
Parientes y amigos buscan;
Y al melancólico rayo
Que envía triste la luna,
Para elevar los sepulcros
Entrambos pueblos se juntan.
En número prodigioso
Y con tristeza profunda,
Bañada en sudor la frente,
Con ardor y priesa suma,
Los esforzados guerreros
Divagan por la llanura.
Vencedores y vencidos
Sólo en las *tolas* se ocupan,
Y nadie al sueño se rinde,
Y nadie el descanso busca.
No hay tregua allí ni reposo,

Sinó afán, pena profunda:
Talvez su flébil plegaria
Tímida virgen murmura,
Y se oye apenas entre el césped
Algún insecto que zumba.

Pasó la luctuosa noche,
Huyen las aves nocturnas,
Y á los primeros albores
Del alba risueña y pura,
Se disipan, poco á poco,
Tinieblas y sombras mustias.
De la noche á los gemidos
Y á los ecos de pavora,
Sucede el sonoro canto
Con que las aves saludan
Al nuevo sol que los montes
Con sus fulgores inunda.
Entristecido un guerrero
Y apoyado en su *turpina*,
Con hondo pesar contempla
El número de las tumbas,
Que alzándose, cual montañas,
Gramal y flores ocultan.
Desde entonces ese valle
Llamaron *valle de angustias*,
Y las *tolas* venerandas
Por luengas edades duran.
Triste mansión, do las brisas
Melancólicas susurran,
Do crece el molle frondoso,
Y, do al fulgor de la luna,
Se vía junto á una *tola*
Mustio al genio de las tumbas,
Y se escuchaban gemidos,
Y voces vagas y trucas.

Para quitus y caranquis
Siempre fué mansión augusta,
Y allí á prosternarse fueron,
Y á ornar con flores las tumbas.
Mas ¡ay! el destino impío
Y el tiempo todo lo mudan:
En edades no remotas
La codicia, que oro busca,
Aun removiendo cenizas
Que el bendito suelo oculta,
Halló esos tristes lugares,
Y su mano audaz y ruda
Arrancó el molle sombrío,
Fiel custodio de las tumbas.



VI.

FUCSIA Y MIRTO DE LOS ANDES.

Va el *Inti* sumo esparcía
Su resplandor matutino,
Saludado por el coro
De cantores pajarillos.
Vuelve el frescor á los campos,
Vuelve á la flor el rocío,
Y el hermoso Cotacachi
Ostenta su frente, altivo.
Todavía por el valle
Se escucha leve ruido,
O suena junto á una *tola*
El yaraví de algún indio,
Que llora en débil tonada
La muerte de sus amigos.

Allá, en la hondura de un valle,
Junto á los montes andinos,
Hubo una selva frondosa
De molles, colcas y alisos,
Donde crecían los fresnos
Y mil árboles umbríos.
Albergue dulce y lejano,
Apetecido retiro:
Parece estancia de amores,
Mansión de genios benignos:
Allí una virgen indiana

Corre incierta, y sus plañidos
Trémulos va dilatando
Eco en las ramas perdido.
Su acento es de tortolilla,
Sus ojos negros y vivos;
Tiene el talle de la palma,
Y de la noche los rizos.
Pero ¡ay! también en su pecho
Labran las cuñitas nido,
Y llora, desconsolada,
Pues no halla á su daño alivio.
“Plácido bosque, decía,
Soledad, á mis suspiros
Atiende; frondoso molle,
Colca, huabo, enhiesto aliso,
Sed de mi llanto postrero
Mudos y fieles testigos.
Auras de estas soledades,
Que gemís tras de los riscos,
Con vuestro blando susurro
Acompañad mis gemidos.
Cual rueda abundante al suelo
Desde la flor el rocío,
Si sopla el viento, así ruedan
Las lágrimas con que vivo.
Lloro, pues sola me veo;
Lloro,—mi bien he perdido;
Tórtola soy sin amante,
Tórtola soy sin abrigo.”

Así exclamaba la virgen,
Cuando oyó un ¡ay! repentino,
Y sintiose estremecida
Hasta el corazón herido;
Aunque talvez tierna queja
Juzgó de algún pajarillo

Que el cazador inclemente
Dejó sin madre en el nido.
Mas otra vez, lastimeros,
Oye lánguidos quejidos,
Y siente el alma turbada,
Porque el acento es de amigo....
No se engaña: de una fuente
En la orilla y de un aliso
A la sombra, halla á su amante
Moribundo y sin respiro,
Era Hualcopo, el guerrero,
Valiente, hermoso, atrevido;
Temida fiera en las lides,
De amor en asuntos, niño;
Terrible cuando empuñaba
La *turpuna* en los peligros,
Y dulce, apacible y tierno,
Si jugaba con los rizos
De Tora, su bella amada,
De Tora, su blanco lirio.
Fatigado aquel valiente
De los combates reñidos,
Y tinto en la odiada sangre
De los fieros enemigos,
A la margen del arroyo
Acudió del bosque umbrío,
Por templar su sed ardiente
Y al pecho dar nuevos bríos;
Cuando, llegado á la fuente
Apenas, aleve tiro
De enherbolada saeta
Vino á herirle de improviso,
Tendiéndole junto al agua
Moribundo y desfallido.
La honda herida y el veneno
Déjanle apenas sentidos;

Pero oye la voz de Tora,
La conoce, y da un suspiro.
"Cómo, murmura, doncella,
Venir pudiste á este sitio?
¡Ah! no creí que tan lejos
Resonasen mis quejidos.
Talvez el amor te trajo,
Y él te ha enseñado el camino.
Ven á mi lado, adorada,
Siéntate.... de tu querido
Hualcopo los postrimeros
Acentos y los suspiros
Recoge.... Un beso, uno sólo
Por última vez te pido....
Muera de amor embriagado,
Más que de flechas herido.
Hastiado ya de la vida,
No quiero existir cautivo,
Ni mirar á un extranjero
Con la esmeralda de Quito....
Doble placer morir libre
Y morir á tí rendido:
Llenose ya mi deseo,
Ya nada en el mundo envidio.
Enlázame entre tus brazos,
Tora.... Tora.... ¡que ya espiro!..."
Dijo.—Del labio de Tora
Recibió el beso exigido;
Alzó los ojos, en élla
Los tuvo un momento fijos;
La cabeza inclinó luego,
Y exhaló el postrer suspiro.
Tora, del dolor al rayo,
Perdió también el sentido,
Después que así entre sollozos
Y en lánguidas voces dijo:

“¡Adiós, padres de mi vida!
¡Adiós, oh mi amada Quito!...
Amor y dolor me hirieron;
De amor y dolor me extingo...”

¡Ay! la mano de la muerte
Cerró sus ojos divinos,
Y cayó sobre su amante,
Cual sobre el árbol herido
Del rayo, al soplo del noto
Cae el destronchado lirio.
El amor y el sentimiento
En su corazón sencillo
Habían como las rosas
Entre las zarzas crecido....
¿Decís que el dolor no mata?
Ya lo habéis en Tora visto,

Al caer la tarde umbrosa,
Llegando al bosque unos indios
Hallaron cabe la fuente
Los pálidos cuerpos fríos;
Y con llantos y cantares
Lamentando su destino,
Alzaron humilde *tola*
Al pié de un ignoto risco,
Depositando en su fondo
Los dos amantes unidos.
Tras luengos meses y días,
Cuando abril fecundo vino,
Crecieron sobre la *tola*
Una *fucsia*, un verde *mirto*,
Que sus ramas enlazaron
Y florecieron unidos.
De entonces la fantasía
Doquiera ve de los indios,

A los míseros amantes
En dos plantas convertidos;
Y cuando nocturna brisa
Mece su follaje umbrío,
De los que de amor murieron
Les hace escuchar suspiros.

VII.

LA NOCHE.

Volvió lóbrega la noche
Su manto á tender luctuoso,
Sepultando en las tinieblas
Los montes, la vega, el soto.
Fatídico, en las alturas,
Se oye el ahullar de los lobos;
Del mochuelo, huyen las aves,
Al aleteo horroroso.
La noche es de mal agüero,
Cruzan fantasmas medrosos:
Terrible un nocturno genio
En los aires, silencioso,
Ciérnese y presagia males
Ya cercanos y espantosos;
Y en vano el hombre infelice
Está en sus dichas absorto:
También aguardan dolores
Al monarca victorioso,

Vencedores y vencidos
Formaban un pueblo solo,
Y, al fuego de las hogueras,
Olvidados del reposo,
Se entregaban á la danza
Y á insólitos alborozos,
Unos celebran el triunfo,

Al gran rey ensalzan otros,
O cantan en tristes versos
El dulce fin de Hualcopo.
Nuevos amigos, se estrechan
Con acentos cariñosos:
Se aclaman mil y mil veces
Hermanos y un pueblo solo.
En los campos y en las *tolas*
Sigue el silencio espantoso,
Y duermen los demás seres,
Y reposa el mundo todo.

O en la venganza, caranquis,
Muramos todos, muramos.
Nadie haga leve ruido
Ni se oiga sonar un paso.
¡Benditos silencio y noche!
A la venganza corramos.”
Dijo el bárbaro cacique,
Y le siguieron sus bravos,
Y á favor de las tinieblas,
Sin ser sentidos, llegaron.
De improviso, como lobos
Sobre indefenso rebaño,
Caen sobre los guerreros
Los traidores irritados;
Y los bravos *orejones*
Que yacen del sueño en brazos,
Al golpe de la *huaclana*,
Pasan á sueño más largo...
¡Terrible carnicería,
Cruel, espantoso estrago!
Mujeres, niños, guerreros,
Doquier divagan turbados,
Y suenan gritos de muerte,
Y se oyen ayes y llantos.
Todo es horror y tinieblas,
Todo es confusión y espanto:
Inciertos y sorprendidos,
Los *orejones*, bramando,
Creyeron que el mismo Tumbal
Les hacía aquel estrago.
El grande Inca enfurecido,
Y de sus fieles cercado,
Con los traidores sañudos
Cuerpo á cuerpo batallando,
Defiende audace la vida,
Rechaza el terrible amago.

Rendidos de la matanza
Y en roja sangre bañados,
El cacique á los caranquis
Manda dejar ese campo:
Que ya la callada noche
Iba recogiendo el manto.
A su pueblo los alevés
Tornán de gozo inebriados.
¡Infelices! no creyeron
Cerca su fin desgraciado,
Y en su loco desvarío
Se dan á bailes y á cantos.

IX.

MAÑANA TRISTE.

Vea la nacarada aurora
Esparcía sus albores,
Y las sombras pavorosas
Se ocultaban tras los montes.
El solitario en las *tolas*
Cantaba con tristes sonos,
Y á su canto respondía
La tortolilla del bosque.
Indignado Huaina-Cápac
Campos y chozas recorre,
Y ve, triste, el fiero estrago
Que causaron los traidores.
Unos moribundos, otros
Muertos ve á sus *orejones*,
Y sabe que los caranquis
Han sido los matadores,
El corazón animoso,
Ardiendo en furor entonces,
Así á sus bravos guerreros
Les habla en rápidas voces:
"Valientes hijos del *Inti*,
Denodados *orejones*,
Venganza pide esta sangre
Que aún tibia mana y corre,
A favor de las tinieblas
Vinieron los agresores;

Que el traidor siempre á su infamia
Da por testigo la noche.
¡Cuántos valientes guerreros
Caídos como en un bosque
Arboles que abaten rudos
Contrapuestos aquilones!
¡Cuántas vírgenes heridas,
Cuántos ayes y dolores!...
Venid, valientes, ahora,
Venid, y que nuestros golpes
La raza de los infames
Del haz de la tierra borren.
No haya piedad ni descanso;
A nadie el brazo perdone;
Arrasemos sus campiñas;
Incendiémosles sus bosques;
Caigan sus templos y hogares;
La virgen tímida lllore.
¡Muerte, muerte y exterminio
Al cacique y sus traidores!
Gracia sólo las mujeres,
Los niños y ancianos gocen.
De este castigo la fama
A todo el imperio asombre,
Y en la memoria resuene
De muchas generaciones."

Así dijo;—y los valientes
Se arman, salen, forman, corren:
¡Vengarse!.... son sus placeres,
¡Vengarse!.... dicha sin nombre,...
Cercaron á los caranquis,
Colmáronlos de baldones,
Y en sangre la felonía
Cobraronles de la noche.

X.

YAGUARCOCHA.

Con són tremendo resuena
Ya la *quipa* aterradora,
Y da el toque de exterminio
Y de matanza espantosa.
Gime el pueblo de caranquis,
Cielos y montes asordan
El flébil *jay!* de la virgen,
El clamor de la matrona.
La ciega, ruda venganza
Va por doquier furiosa,
Y espantoso es el degüello
Que á ningún hombre perdona.
Hiere mil y mil caranquis,
La cuchilla destructora;
Y entre muertes y plañidos
Pasan y pasan las horas,
Y no cesa todavía
La venganza aterradora.
Corre la sangre á torrentes
Tiniendo vegas y lomas;
Enturbiados los arroyos
Corren en sangrientas ondas.
Del sol los últimos rayos
Las andinas cumbres doran,
Y se oyen aún lamentos
Que las colinas asordan.

Muerto el último caranqui,
Rueda al fin la espada roja,
Y al hondo lago vecino
Los cadáveres se arrojan.
¡Terrible escena de muerte!
El corazón se acongoja,
La voz, al gemir, se anuda,
La mente misma se asombra.
No es tan terrible en los bosques
La embrayecida leona,
Cuando al cazador persigue
Que sus cachorros le roba;
Cual el monarca ejerciendo
La justicia rigurosa,
Y á los traidores negando
Aun del sepulcro la sombra.
Los cadáveres sangrientos
Sumergidos en las ondas,
Las puras aguas del lago
Dejaron turbias y rojas.
No son tantas en la selva
Las ramas que el viento troncha,
Ni hacina el otoño tantas
Marchitas y secas hojas.
Cual la multitud de muertos
Que cayeron en las ondas,
Dando con su sangre nombre
Al lago de *Yaguarcocha*..

Yaguarcocha, mar de sangre,
Lago de tristes memorias,
Guarda el nombre todavía
De aquella sangrienta historia.
En la noche solitaria
Se oye una voz dolorosa:
Dicen que el genio del lago,

Sentado sobre una roca,
Las ya pasadas edades
Con roncós acentos llora,
Y un eco vago repite:
¡Caranquis y Yaguarcocha!

El grande Inca, satisfecho,
Tiende al fin mano piadosa
A las vírgenes y niños
Que en mísera orfandad lloran;
Y así, por templar su duelo,
Les dice en voz amorosa:
"Venid, seréis mis amigos,
Y todo el tiempo lo borra;
Odiosos nombres no vuelvan
Jamás á nuestra memoria.
Desde hoy viviréis felices
Bajo mi cetro corona;
Y el lago guardará el nombre
Eterno de Yaguarcocha.

XI.

EL INCENDIO.

Terrible y voraz incendio
A la matanza sucede,
Y la llama destructora
Sobre Caranquí se extiende,
Y quedan ¡ay! en cenizas
Moradas antes alegres.
De alcázar vuela en alcázar,
Después de un templo otro prende;
Y devora el *Acllahuasi* (1)
El fuego que el austro mueve.
Sin hogar está la viuda,
La virgen hogar no tiene:
Aun la negra golondrina
Abandona el nido muelle,
Y, piando, sus polluclos
Entre las brasas se pierden;
O de ellos quedan tan sólo
Cenizas que vuelan leves.
Los huertos y los jardines
Bajo ruinas desaparecen,
Y yace el árbol sin pompa,
Los campos yertos, inertes.
El humo sube en espiras
Y el horizonte oscurece,

(1) Monasterio.

Y roba la luz del día;
Y denso al aire se tiende.
Buscando el ave su nido,
Sobre los aires se cierne;
Y al fin, de volar cansada,
Cae al incendio y perece.
Así en el páramo extenso;
Cuando seco está viene,
Y el labrador afanoso
Quema las pajas endebles;
El fuego en alas del viento
Lame los pastos, y en breve
Inmensa, negra llanura
En lontananza se pierde.
Todo las llamas voraces
Destruyen y todo muere:
Llegó á los caranquis la hora
De llantos, duelos y muertes,
Y á la traición el castigo
Que, riguroso, merece.
En escombros quedan casas,
Ruinosos templos y fuertes,
Enlutado su horizonte,
Negras sus campiñas verdes;
¡Así pereció Caranqui,
Grato nido de placeres!

XII.

EL LLAUTO Y LA ESMERALDA.

La pura frente levanta
El *Inti* tras de los Andes,
Y se alegran ya los montes,
Y se sonríen los valles,
Con nueva y dulce armonía
Trinan las parleras aves,
Y alegres los *huirochuros*
Van saltando en los maizales
El rey con sus *orejones*
Deja el lecho, llega al valle,
Y manda que las doncellas
Eleven dulces cantares.
“Haya, dice, regocijos,
Haya cánticos y bailes:
Que hoy el *llauto* y la *esmeralda*
Con lazo eterno uniranse.
Así el porvenir sonría,
Así la dicha me halague,
Y quieras, *Inti* adorado,
Paz y gloria prodigarme.
Dios del Cuzco, rey de Quito,
Inti sumo, *Inti* mi padre,
En las risueñas colinas
Te alzaré templos y altares,
Y de oro fino y luciente
En ellos pondré tu imagen,

Y los pueblos y monarcas
 Allá irán á prosternarse.
 Huyó la horrenda discordia,
 Quitus, como hijos, amadme,
 Traedme á la linda Paccha;
 Será la esposa á quien ame.
 Paccha será mi delicia,
 Será diosa de los Andes;
 Para ella alzaré castillos,
 Reinos ganaré y ciudades,
 Venga ya la nueva reina,
 La de belleza radiante.
Aravicos (1) de mi Cuzcô
 Mil canciones entonadle:
 ¡Cuán hermosa es! cuán hermosa...
 Digna de vuestros cantares!"

Dijo:—la tímida virgen,
 Rodeada de sus leales,
 Al encuentro del monarca
 Desde su cabaña sale.
 Joven más cándida y para
 Jamás sé viera en los Andes.
 La dulzura de inocencia
 Se refleja en su semblante;
 Es su mirada tranquila,
 Esbelto y lindo su talle,
 Rizado y negro el cabello
 Y su andar pausado y grave.
 Modesta es su compostura,
 Simpático su donaire,
 Y en todo muestra ser reina,
 Y en todo muéstrase grande.
 Todavía humedecido

(1) Bardos, poetas indígenas.

Tiene y pálido el semblante,
Y están sus ojos diciendo
Cuánto ha llorado á su padre.
La ve el monarca, sonríe,
Su pecho siente agitarse
De insólito y dulce fuego
Que le devora al instante.
Muestra su júbilo el Inca
Y la habla en voces suaves:
Que tanto amor no pudiera
Ocultar, sin abrasarse.
“Ven,” la dice, “linda Paccha,
Virgen púdica, adorable,
Hoy mi cetro y mi corona
En tu presencia se abaten,
Y el rey de vastos imperios,
El ganador de ciudades,
En tu presencia es tan sólo
El más tierno y fino amante.
Ni la misma Rava-Oello
Así pudo cautivarme:
Cual te amo, linda doncella,
Amar no pudiera á nadie.
Tuyo soy, tuyo mi imperio,
Para tí son mis ciudades,
Y si al gran Cacha perdiste,
Tienes en mí esposo y padre.
Mi llanto será tu llanto,
Y tu esmeralda brillante
Ha de lucir en la frente,
De esposos tiernos y amantes.
Nuestra descendencia clara
Reinará largas edades,
Confundida en una sola
Con la mía tu real sangre.
Haced sonar, *aravicos*

Otra vez dulces cantares:
Que con la hermosa doncella
Vuestro rey va á desposarse”.

Calló el rey: la linda Paccha,
Encantadora y amable,
“O gran rey, Inca preclaro,
Exclama, nunca mi padre
Tan alta y feliz ventura
Pudiera un día anunciarme.
¡Desdichado! creyó siempre
Que muertó él, tan sólo males
Vendrían sobre su Paccha,
Sus vasallos y ciudades.
¡Ah! si ahora de su tumba
Pudiera á la vida alzarse....!”

.....
“Dos triunfos, ó gran Monarca,
Dos glorias harto envidiables;
En la guerra nos venciste,
Con tu piedad nos ataste;
Fuí la reina prisionera,
¡Y esposa quieres llamarme!
Amarte sabrá mi pueblo
Cual supo amar á mi padre.
Y, pues, me llamas tu esposa,
Como esposa debo hablarte:
No dejes, Inca piadoso,
Que de mi Cacha el cadáver
Se confunda entre las *tolas*
Que se alzaron en el valle.
Fué rey de este vasto imperio,
Como á rey has de tratarle.
Manda al punto que sus restos
Allá en su Quito descansen,

Bajo la *tola* sagrada
Donde sus mayores yacen."

Alegre el Inca responde:
"Hágase como te place,
Júbilo de mis palacios,
Aroma de mis rosales.
Tu Cacha irá en regia pompa
A do sus mayores yacen,
Y vivirá su memoria
En sus hechos inmortales.
Ahora, Paccha adorada,
Eres ya mi esposa amante:
El pueblo aclámete reina,
Renuévense los cantares."

ALEGRÍAS.

Con insólita alegría
Brillaba el *Inti* clemente;
Las auras del mediodía
Respiraban dulcemente,
Y fuentes, aves y flores
Sólo cantaban amores.

El *Chusipata* ceñido (1)
De cándida vestidura,
Ofrecía complacido
Víctima inocente y pura,
Y en torno de los altares
Resonaban los cantares.

Alegres los *orejones*
Atruenan valle y cabañas,
Y repite sus canciones
El eco de las montañas:
¡Viva! suena en las praderas;
¡Viva! en las verdes riberas.

Ya los guerreros danzando
Cubren prados y colinas,
Y sigue eco resonando
Por las montañas vecinas:
Y al viento van desplegadas
Bandéras engalanadas.

(1) Así llamaban los Incas al gran sacerdote.

CANTOS.

LOS DEL CUZCO.

Salve, Inca soberano,
Del *Inti* hijo divino,
Haláguete el destino
Y arrúllete el amor.
El cetro de tu mano
Rija eterno en los Andes,
Monarca entre los grandes
El monarca mayor.

En Quito encantadora
Se mecerá la cuna
De un hijo, á quien fortuna (1)
Y gloria seguirán.
La fama seductora
Dilatará sus leyes:
Será rey de los reyes,
Los pueblos le amarán.

LOS DE QUITO.

Sal ya, linda doncella,
De rostro sonrosado,
Sal Paccha: enamorado,
El rey te llama ya.
Del cielo pura estrella,
Del Shiri las delicias,
Recibe las caricias
Que el esposo te da.

(1) El rey Atahualpa.

La linda Cuzco ahora
A su dosel te llama,
Pues que voló tu fama
Y el pueblo la escuchó.
De dos reinos señora,
Del grande rey amada,
Hermosa y bienhadada
El *Inti* te creó.

LOS DOS PUEBLOS.

Gloria, gloria, al rey piadoso
Y á la reina encantadora:
Hoy reluce nueva aurora
De insólito resplandor.
Del Cuzco y la hermosa Quito
Señores y soberanos,
Los dos pueblos, como hermanos,
Se unen en lazo de amor.

Inti sumo, *Inti* divino,
No escondas tus resplandores:
Coged, vírgenes, las flores,
Para esparcir en su altar.
Ya el *Inti* rubio se esconde
Tras de los montes nevados:
Cesen los cantos sagrados;
Entonad otro cantar.



